

Helena Calsamiglia Blancafort  
Amparo Tusón Valls

# Las cosas del decir

Manual de análisis  
del discurso

*Editorial Ariel*

Diseño cubierta: Nacho Soriano

1.ª edición: febrero 1999

1.ª reimpresión: enero 2001

© 1999: Helena Calsamiglia Blancafort  
y Amparo Tusón Valls

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© 1999 y 2001: Editorial Ariel, S. A.  
Provença, 260 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-8233-9

Depósito legal: B. 4.588- 2001

Impreso en España

2001 – Romanyà/Valls, S. A.  
Plaça Verdaguer, 1  
08786 Capellades (Barcelona)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño  
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida  
en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,  
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,  
sin permiso previo del editor.

## CAPÍTULO 5

### LAS PERSONAS DEL DISCURSO

En nuestra cultura es muy tradicional la división tripartita entre hablante, oyente y aquello de que se habla. Se ha elaborado de diversas formas en teoría de la información, en lingüística, en semiótica, en la crítica literaria, en sociología. En manos de algunos investigadores varios de estos modelos han demostrado su productividad, pero ésta ha dependido de que no se hayan tomado de forma literal o incluso de que no se hayan tomado con un sentido muy preciso. Todos estos esquemas, por ejemplo, parecen coincidir en que toman el punto de vista de un hablante individual o en que postulan una díada, hablante-oyente (fuente-destino, emisor-receptor, destinador-destinatario). La pretensión de que tal esquema funcione como modelo no es válida para el trabajo descriptivo. Algunas normas del habla requieren la especificación de *tres* participantes (destinador, destinatario, oyente (audiencia); fuente, portavoz, destinatario, etc.) [...] En resumen: cualquier trabajo etnográfico serio muestra que hay una dimensión general o universal que puede postularse, que es la de *participante*. El modelo diádico común de hablante-oyente especifica a veces demasiados, a veces demasiado pocos y, a veces, a participantes equivocados (Hymes, 1972: 58).

La reflexión sobre el *uso* lingüístico incluye en su programa el estudio de los protagonistas de la interacción comunicativa que dicho uso supone. Por ello, cualquier indagación en este ámbito debe dotarse de instrumentos para dar cuenta de todos los factores que hacen que un texto esté en relación de dependencia con sus productores y con sus interpretadores. En la teoría gramatical, el estudio de los protagonistas de la enunciación no es pertinente, porque se toma como objeto de análisis la oración —enunciado virtual modélico—, independiente de su contexto de producción e interpretación. La aproximación discursiva supone tener en cuenta quién habla y a quién. Por tanto, en vez de borrar a los hablantes o de considerarlos como una entidad hipotética —que se supone— o como una entidad ideal —en abstracto—, el estudio que emprendemos tiene en cuenta que todo enunciado tiene su origen en alguien y va dirigido a alguien. En los planteamientos de la etnografía de la comunicación, los hablantes constituyen un componente esencial del acontecimiento comunicativo y se especifica la diferencia, que nosotras tomaremos en cuenta, entre la simplificación teórica (concepción dual como modelo) y la complejidad empírica que impone la realidad de cada situación comunicativa.

En la lingüística de nuestro siglo, la atención sistemática a los hablantes en la situación de habla tiene sus inicios en las obras de Voloshinov/Bajtín (1929-1930), Bally (1932), Bühler (1934) y Jakobson (1960). Todos ellos representan los pilares ya clásicos en los que se asienta el edificio teórico del análisis del uso de la lengua. Como ya se ha comentado en el capítulo 2, Voloshinov-Bajtín plantean el carácter fundamentalmente *dialógico* del lenguaje, concebido como un intercambio entre hablantes. Este carácter está presente tanto en la modalidad escrita como en la modalidad oral, tanto si el discurso toma la forma de monólogo como de diálogo. Y esto es relevante para entender que el *dialogismo*, como rasgo constitutivo, está subyacente en las formas monologales —como un libro o una conferencia— o en las formas dialogales —como una entrevista o una carta—. Este espacio dialógico se concreta en la *enunciación*:

Esto sucede porque un enunciado se construye entre dos personas socialmente organizadas, y aunque un interlocutor real no exista, siempre se perfigura como una especie de representante del grupo social al que el hablante pertenece. *La palabra está orientada hacia un interlocutor [...]* En realidad *la palabra representa un acto bilateral*. Se determina en la misma medida por aquel a *quien pertenece* y por aquel a *quien está destinada*. En cuanto palabra, aparece precisamente como *producto de las interrelaciones del hablante y el oyente*. Toda palabra expresa a «una persona» en relación con «la otra». En la palabra me doy forma a mí mismo desde el punto de vista del otro, a fin de cuentas desde el punto de vista de mi colectividad. La palabra es el puente construido entre yo y el otro. Si un extremo del puente está apoyado en mí, el otro se apoya en mi interlocutor. La palabra es el territorio común compartido por el hablante y su interlocutor (Voloshinov, 1929 [1992]: 121).

En la *teoría de la enunciación*, que se desarrolla a partir de los escritos de Benveniste (1966, 1970, 1974), se formula de forma explícita la necesidad de considerar que en la actualización del sistema de la lengua se ha de contar con el *aparato formal* de la enunciación, es decir, con los componentes del proceso por el que se desenvuelve el uso de la lengua en el discurso:

El acto individual por el que se usa la lengua introduce primero el locutor como parámetro en las condiciones necesarias para la enunciación. Antes de la enunciación, la lengua no es más que la posibilidad de la lengua. Después de la enunciación, la lengua se realiza en una instancia de discurso, que emana de un locutor, forma sonora que alcanza a un oyente y que suscita otra enunciación como retorno.

En tanto que realización individual, la enunciación se puede definir, en relación a la lengua, como un proceso de *apropiación*. El locutor se apropia del aparato formal de la lengua y enuncia su posición de locutor por medio de indicios específicos, de un lado, y de procedimientos accesorios, de otro.

Pero inmediatamente, desde el preciso momento en que se declara locutor y asume la lengua, implanta al *otro* ante sí mismo, sea cual sea el grado de presencia que atribuya a este otro. Toda enunciación es una alocución explícita o implícita: postula un interlocutor. [...] La presencia del locutor en su enunciación hace que cada instancia de discurso constituya un centro de referencia interno. Esta situación va a manifestarse a través de un juego de formas

específicas cuya función es la de poner al locutor en relación constante y necesaria con su enunciación (Benveniste, 1970: 14).

Benveniste fija las bases del estudio de la subjetividad en el lenguaje, que se proyecta principalmente en tres aspectos que estudiosos como Ducrot, Kerbrat-Orecchioni, Bronckart y otros han ido perfilando: la inscripción de los interlocutores en el texto, la modalización y la polifonía. La teoría de la enunciación ha permitido definir la unidad discursiva básica, de la que ya en la década de los treinta hablaba Bajtín, el *enunciado*, y entenderlo como producto del proceso de la *enunciación*, actuación lingüística en contexto. Ha permitido también entender que en los enunciados aparecen trazas lingüísticas (marcas o marcadores, índices o indicadores, pistas) que coloca el *enunciador* para que sean interpretadas por el *enunciatario*.

En la década de los sesenta y desde el estructuralismo se había empezado a tener en cuenta de modo general la importancia de los protagonistas del fenómeno comunicativo. Jakobson (1960) subraya la necesidad de tener en cuenta las figuras del Emisor y el Receptor para entender los elementos y las funciones de la comunicación. La representación esquemática de estos elementos y funciones se ha hecho célebre y ha constituido la «primera lección» de la enseñanza de la lingüística; pero, de hecho, no ha sido objeto de reflexión ni se ha desarrollado hasta más tarde, con la llegada de las perspectivas discursivas. La orientación de los estudios gramaticales hacia lo que es propia y exclusivamente materia de lengua ha dejado aparte a los hablantes, considerados elementos externos a ella. De esta manera, no se han proporcionado elementos ni activado hipótesis para elaborar una teoría de las personas del discurso.

En cambio, una de las aportaciones más interesantes para la comprensión de los sujetos del discurso corresponde a la sociología, de la mano de Goffman (1959, 1967, 1971, 1981), original representante del *interaccionismo simbólico* (véase el capítulo 1 y el apartado 2.5). Su orientación se marca dentro de lo que se puede llamar microsociología, porque centra su atención en el análisis de las interacciones humanas cotidianas y no en las grandes estructuras sociales. Se debe a Goffman, por ejemplo, la distinción ya célebre entre tipos de participantes en una interacción —coincidiendo con Hymes, quien también señala que en un mismo acontecimiento comunicativo puede haber más de una persona y con distintos papeles comunicativos—. Lo que probablemente se pueda postular es que la idea de Hablante-Oyente, coprotagonistas de la interacción comunicativa, es importante tenerla en cuenta como noción abstracta o constructo indispensable para dar cuenta de cualquier acto dialógico. Su forma concreta puede variar según el tipo de interacción, teniendo en cuenta no sólo la cantidad de participantes sino su papel comunicativo (sólo de oyente, en alternancia hablante-oyente, de hablante sin iniciativa o con iniciativa, etc.). La idea del sujeto social que presenta una *imagen pública* según la situación, la *presentación de la persona*, la consideración de la interacción como una *escena* en la que se actúa y la noción etológica de *territorio* asociado con cada sujeto en su relación con los otros son ideas aportadas por Goffman para comprender el comportamiento interactivo entendido como un «ritual» social.

También proviene de la sociología la determinación de los atributos que contribuyen a proporcionar una *identidad* a cada sujeto. Factores como la edad, el sexo, el origen geográfico y étnico, el nivel de instrucción, el medio económico, el repertorio verbal, el entorno sociocultural y el estatus social definen el perfil de cada sujeto en el acto de hablar y el lugar que ocupa respecto a los demás. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que estos atributos no permanecen estáticos en el sujeto hablante sino que en la misma dinámica de la interacción se van realizando y activando algunos de ellos de forma que se construye y mantiene lo que Goffman denomina una *imagen pública* determinada. Sobre estas ideas se han construido los estudios sobre la cortesía, puntales de la pragmática contemporánea, llevados a cabo a partir de Grice (1975) y Searle (1969), desarrollados por Lakoff (1973) y Leech (1983) y organizados como sistema por la influyente obra de Brown y Levinson (1978-1987) y seguidores, como Haverkate (1994).

Desde la perspectiva semiótica-discursiva, Charaudeau (1983, 1989, 1995) recoge, en su propuesta de análisis, el estatuto del sujeto del discurso, como la integración de lo que analíticamente desdobla en sujeto psicosocial y en sujeto lingüístico. Ambos son indispensables para comprender el *contrato comunicativo* entre interlocutores. Para este autor, lo psicosocial y lo lingüístico funcionan conjuntamente en la construcción del sentido en el discurso.

En el terreno de la relación que puede establecer el Enunciador con sus propios enunciados, el estudio de la *modalización* (Bally, 1932; Barrenechea, 1979; Kerbrat-Orecchioni, 1980; Halliday, 1985; Cervoni, 1987) tiene particular interés porque pone de manifiesto la posibilidad que tiene el hablante de introducir sus propias actitudes y su propia perspectiva en el enunciado, tanto en el dominio intelectual como en el dominio emocional.

Finalmente, se debe a Bajtín el haber introducido la noción de *heteroglosia* para indicar la posibilidad de que en la enunciación se puedan activar varias *voces* y no sólo una, como se ha considerado tradicionalmente. Ducrot (1984) desarrolla de modo particular la idea de la *polifonía* proporcionando elementos fundamentales para la comprensión de las posibilidades que brinda el desdoblamiento del sujeto, por un lado, y la evocación del discurso ajeno, por el otro. De algún modo, la enunciación polifónica se refleja en el reconocimiento de la intertextualidad presente en la actividad discursiva, donde el contacto entre discursos es una de las versiones de la característica dialógica del lenguaje.

### 5.1. La inscripción de la persona en el texto

Tras las huellas y las pistas del Enunciador examinaremos seguidamente con detalle las diferentes estrategias que un hablante puede tomar al emprender su actividad verbal. El sistema lingüístico permite, a partir del sistema léxico y del sistema deíctico referidos a personas, que los hablantes pongan en juego sus formas de presentación de una misma y de relación con las demás.

## 5.1.1. LA PERSONA AUSENTE

La inclusión de marcas de la persona que habla en su propio enunciado es algo potestativo, ya que en un texto podemos encontrar una ausencia total de marcas del locutor. En este caso se crea un efecto de objetividad y de «verdad» debido fundamentalmente a que se activa verbalmente el mundo de referencia. En este caso, los elementos más claros en la expresión lingüística son la presencia de sintagmas nominales con referencia léxica y el uso de la tercera persona gramatical como indicador de que aquello de que se habla es un mundo referido, ajeno al locutor. Benveniste llama a la tercera persona gramatical la *no persona*, refiriéndose a que con el uso de la tercera persona no hay referencia a los protagonistas de la enunciación. Ricoeur (1990) comenta así estas cuestiones:

Mientras que, en el enfoque referencial, se privilegia la tercera persona o al menos cierta forma de la tercera persona, a saber «él/ella», «alguien», «cada uno», «uno» y «se», la teoría de los indicadores, una vez unida a la de los actos del discurso, no sólo privilegia la primera y la segunda persona sino que excluye expresamente la tercera. Nos viene ahora a la mente el anatema de Benveniste contra la tercera persona. Según él, sólo la primera y la segunda personas gramaticales merecen ese nombre, siendo la tercera la no persona. Los argumentos a favor de esta exclusión se reducen a uno solo: bastan el «yo» y el «tú» para determinar una situación de interlocución. La tercera persona puede ser cualquier cosa de la que se habla, objeto, animal o ser humano: lo confirman los usos incoordinables entre sí del pronombre francés «il» —il pleut, il faut, il y a, etc.—, así como la multiplicidad de las expresiones de tercera persona —uno/se, cada uno, eso, etc.—. Si la tercera persona es tan inconsistente gramaticalmente, se debe a que no existe como persona, al menos en el análisis del lenguaje que toma como unidad de cómputo la instancia del discurso conferida a la frase. No se pueden soldar la primera y la segunda persona al acontecimiento de la enunciación de mejor manera que excluyendo del campo de la pragmática la tercera persona, de la que se habla solamente como de otras cosas (Ricoeur, 1996: 25).

Según este punto de vista, con el uso de la tercera persona se borran los protagonistas de la enunciación. Otras marcas también claras de que se borra la presencia del Locutor son el uso de construcciones impersonales o construcciones pasivas sin expresión del agente. El código gramatical pone a disposición del hablante recursos que esconden o borran su presencia dando relevancia, por contraste, al universo de referencia:

A gran profundidad por debajo de las nubes de Júpiter el peso de las capas superiores de atmósfera produce presiones muy superiores a las existentes en la Tierra, presiones tan grandes que los electrones salen estrujados de los átomos de hidrógeno produciendo un estado físico no observado nunca en los laboratorios terrestres, porque no se han conseguido nunca en la Tierra las presiones necesarias (C. Sagan, *Cosmos*, Barcelona, Planeta).

Languidecía el bar de la Ópera a la espera de los calores que harían brotar parasoles y mesas sobre los suelos del paseo. Suelos reproductores de las

olas del mar en busca de la inmediatez del puerto, según un diseño de Miró convertido en piso de una de las ramblas del mundo. La iluminación amarilla de la calle Fernando fingía ser escenario de truculencias menores sin proclamar la explosión de poder institucional en que culminaba la plaza de Sant Jaume, apenas una esquina lejana (M. Vázquez Montalbán, *El pianista*, Barcelona, Seix Barral).

En estos dos textos el Emisor y el Receptor han sido borrados para dar relieve al contenido referencial exclusivamente. Aun así, la elección del contenido y el nivel de especificidad del léxico dibujan el perfil del posible autor y el posible destinatario. También observamos que se puede objetivar al Receptor de tal manera que aparece nombrado (como usuario, lector, cliente, estudiante, etc.) y está presentado como un elemento del universo de referencia, y no como coprotagonista de la enunciación:

Inicialmente el Sistema de Dictado Personal dispone de un léxico base de 22.000 palabras a las que el usuario puede añadir 2.000 más con el objeto de adaptarlo mejor a sus necesidades. El usuario debe entrenar el sistema durante 45 minutos una única vez, lo que permite al ordenador memorizar su modelo de voz y reconocer automáticamente y de manera permanente las peculiaridades de su acento (documento de empresa informática).

Hay situaciones que exigen una presentación «neutra» del universo de referencia. Las prácticas discursivas en determinados géneros promueven un modelo de presentación «objetiva»: la información en los periódicos, la información científica, por ejemplo. Otra cosa distinta es que el efecto de objetividad se corresponda con una objetividad real. Una aserción partidista y parcial puede ser expresada con medios para parecer objetiva. Por eso importa tanto determinar el contexto en que se emiten los enunciados.

### 5.1.2. LA INSCRIPCIÓN DEL YO

Existen situaciones que permiten o activan la presencia del Locutor en su texto. De ahí que contemplemos lo que Benveniste llama la expresión de la *subjetividad en el lenguaje*, es decir, la aparición de los elementos lingüísticos que participan en otorgar una expresión propia y desde la perspectiva del hablante al conjunto de enunciados que constituye un texto. La *referencia deíctica* a la persona es la más inmediata y central (véase 4.2.1). La enunciación es generada por un YO y un TÚ, protagonistas de la actividad enunciativa. Pero así como podemos considerar el YO como la forma canónica de representación de la identidad de la persona que habla —el «centro deíctico» que encontramos descrito en las gramáticas— en el uso real, la referencia deíctica a la persona que habla se ofrece de forma calidoscópica para mostrar las diferentes *caras o posiciones* con las que se puede mostrar o presentar el sujeto hablante.

La persona que habla no es un ente abstracto sino un sujeto social que se presenta a los demás de una determinada manera. En el proceso de la enunciación y al tiempo que se construye el discurso también se construye



el *sujeto discursivo*. Éste se adapta a la situación específica de la comunicación modulando su posición a lo largo del discurso y tratando de que su interlocutor le reconozca de una manera y no de otra. Por ello, si por un lado el YO (1.<sup>a</sup> persona singular) es el deíctico que representa modélicamente a la persona que habla, en el discurso también podemos encontrar la autorreferencia presentada con otras personas gramaticales (2.<sup>a</sup> persona singular, 3.<sup>a</sup> persona singular y 1.<sup>a</sup> persona plural) (véase Lavandera, 1984; Turell, 1988; Calsamiglia, 1996a):

1. Me siento atraída por este tipo de espectáculos (1.<sup>a</sup> persona singular).
2. Te sientes atraída por este tipo de espectáculos (2.<sup>a</sup> persona singular).
3. Una se siente atraída por este tipo de espectáculos (3.<sup>a</sup> persona singular).
4. Nos sentimos atraídos/as por este tipo de espectáculos (1.<sup>a</sup> persona plural).

En este punto conviene tener en cuenta la diferencia en la autopresentación en el ámbito privado y en el ámbito público. La autorreferencia en el ámbito privado no es arriesgada, es relajada y producida en un entorno conocido y tranquilizador (ejemplo 1). El uso del «yo» en público deviene un uso comprometido, arriesgado. Con su uso, el Locutor no sólo se responsabiliza del contenido de lo enunciado sino que al mismo tiempo se impone a los demás. Por esta razón se justifica que la autorreferencia se exprese con otras personas gramaticales. El uso de la segunda persona con tratamiento de confianza se puede utilizar para producir un efecto determinado: generalizar la experiencia enunciada e incluir al interlocutor de una forma personal y afectiva. Por eso se asocia con actividades coloquiales (ejemplo 2). También se da el caso en que el Locutor se presenta a sí mismo con formas pronominales como «uno/una», en concordancia con la tercera persona, con la cual se produce un efecto generalizador y el locutor se incorpora así a un colectivo indefinido, a través del cual justifica su posición (ejemplo 3).

La identificación de la persona que habla con la primera persona del plural incorpora al locutor a un grupo. Es el grupo, entonces, el que proporciona al locutor la responsabilidad del enunciado; por eso hay un uso genérico del *nosotros* para representar al locutor que ocupa un lugar en un colectivo (empresa, institución, organización, comunidad, gobierno):

Hemos decidido que este curso tenga una parte de teoría y una parte de práctica y aplicación (profesorado).

Iremos hasta el final en la lucha contra el terrorismo (gobierno).

Nuestros análisis de mercado permiten augurar una temporada de ventas superior a la anterior (empresa comercial).

Para nuestro trabajo parece relevante señalar los siguientes aspectos (escrito académico).

A este uso se le ha llamado tradicionalmente de «modestia». Esto explicaría que el uso del «yo» en público se considere inapropiado —arrogante— si a quien habla no se le otorga suficiente nivel de responsabilidad, autoridad, credibilidad o legitimidad. Para solucionar posibles conflictos, con el uso del «nosotros» se diluye la responsabilidad unipersonal, y se adquiere la autoridad o la legitimidad asociada con un colectivo.

El llamado plural «mayestático» es el uso de la primera persona del plural para la persona que habla cuando ésta se inviste de la máxima autoridad: tradicionalmente el Papa o el Rey. Se trata de un uso simbólico tradicional de «distinción», que se percibe como arcaico por su escasa utilización fuera de estos personajes singulares. Sin embargo, su uso persiste, formando parte de la escenificación y los rituales de presentación pública de la monarquía o del papado. Asociado con este uso y más adecuado a la contemporaneidad y a los usos democráticos, nos encontramos con representantes del gobierno, presidentes, etc., que suelen usar este «nosotros», que queda a medio camino entre un uso ritual de las autoridades máximas y un uso de representación de un grupo.

Otro uso del «nosotros» es el llamado inclusivo, aquel que incorpora al Receptor en la referencia al Emisor. Puede ser un uso intencionado para acercar las posiciones de los protagonistas de la enunciación, y se da en todos los casos en que es importante para el emisor la involucración del receptor, particularmente en relaciones asimétricas como la de médico/paciente, maestro/alumno, que necesitan una señal de acercamiento suplementaria, para superar la barrera jerárquica y conseguir el grado suficiente de aproximación y complicidad.

*Profesor a alumnos:* Vamos a seguir con los problemas de matemáticas.

*Médico a paciente:* ¿Hemos tomado la medicina, hoy?

*Científico a público:* El segundo de los fenómenos apuntados es el de refracción. Aquí tenemos también un análogo cotidiano en el caso de la luz: cuando introducimos un lápiz dentro de un vaso lleno de agua nos da la impresión de que está roto. Ello se debe al hecho de que las ondas al pasar de un medio —el aire— a otro distinto —el agua— sufren una desviación de su trayectoria (D. Jou y M. Baig, *La naturaleza y el paisaje*, Barcelona, Ariel, 1993).

También se da en otros casos, como en las columnas periodísticas y los artículos de opinión, en los que los escritores buscan la complicidad de los lectores, para involucrarlos en su punto de vista:

Estamos de nuevo en diciembre. Me silban los oídos de la presión del tiempo fugaz: es como quien va en moto por una autopista y siente cómo le muerde el viento las orejas. Ya han caído otros 12 meses a la tumba de la memoria y nos acercamos una vez más a Navidad. Las ames o las odies, las fechas navideñas son fechas cruciales. Tienen demasiada carga social, demasiada sustancia a las espaldas. Por eso me silban los oídos más que nunca: el tiempo se escurre siempre de la misma manera, pero es en navidades cuando te entra el vértigo (R. Montero, «Navidad», *El País*, 5-XII-1993).

En conclusión, los locutores pueden optar por inscribirse en su texto de variadas maneras, ninguna de ellas exenta de significación en relación con el grado de imposición, de responsabilidad (asumida o diluida) o de involucración (con lo que se dice o con el Interlocutor).

### 5.1.3. LA INSCRIPCIÓN DEL TÚ

El Receptor se hace explícito en el texto canónicamente a través de los deícticos de segunda persona, singular y plural. Pero además encontramos la *deixis social* (Levinson, 1983: 80), que ha quedado codificada en formas específicas de tratamiento. En la variante estándar de la península Ibérica se expresa con *Tú* (indicador de confianza, conocimiento, proximidad) y *Usted* (indicador de respeto, desconocimiento, distancia). Por causas históricas (que indican cómo han afectado a lo largo del tiempo los cambios sociales en el uso lingüístico de la referencia personal) el tratamiento tiene usos variados en las diferentes comunidades y lugares de habla española (véase en el trabajo de Carricaburo, 1997, una presentación de los distintos usos en España y América). Así, por ejemplo, se manifiesta:

- para la *variante septentrional* hablada en la península Ibérica:  
tú te marchas, usted se marcha, vosotros os marcháis, ustedes se marchan;
- para la *variante meridional* hablada en la península:  
tú te marchas, usted se marcha, ustedes (vosotros) os marcháis, ustedes se marchan;
- para la *variante* hablada en *Argentina*:  
vos te marchás, usted se marcha, ustedes se marchan, ustedes se marchan.

La combinación de deícticos de sujeto y de objeto, junto con la concordancia en segunda y tercera persona han actuado en la práctica de las relaciones sociales para diferenciar el trato con el Interlocutor, en los parámetros de distancia/proximidad, respeto/confianza, poder/solidaridad, formalidad/informalidad, ámbito público/ámbito privado, conocimiento/desconocimiento, etc. Estos parámetros pueden mezclarse, estableciéndose así una diferenciación sutil, que es el resultado de la combinación entre los usos establecidos y el propósito que tiene el locutor al relacionarse con el Interlocutor en cada instancia de comunicación. Por ejemplo, puede darse una situación que combine un alto grado de confianza y conocimiento mutuo, y al mismo tiempo una diferencia de posición social que determine el uso de *usted* (caso de la relación padres/hijos en épocas pasadas, de jefe/subordinado, de empleada doméstica/empleadores, etc.). Y también se puede dar el caso que ante un encuentro nuevo, entre personas que no se conocen previamente, la elección de formas de tratamiento construya el tipo de relación, es decir, oriente la relación en un sentido más o menos formal (véase el apartado 6.1)

El uso de los deícticos se adecua al papel que el locutor asigna a su

interlocutor (la mayoría de las veces determinado por el estatus y la posición social); pero así como hemos visto que el Emisor se puede inscribir también con otras formas, el Receptor puede ser inscrito como parte de un grupo (en 2.ª persona plural) o también incluyendo al locutor (con primera persona plural) o con la segunda persona singular generalizadora, especialmente en el uso coloquial (ejemplo 2). Finalmente, en lo que se refiere al español estándar de la península Ibérica, la concordancia gramatical en tercera persona de los deícticos que se refieren al interlocutor en el trato de distancia o respeto han convertido este uso en indicador de formalidad y de distancia en la relación con el Interlocutor. Las concordancias en tercera persona de las formas de tratamiento de *usted* y de los honoríficos son, al separarse de la concordancia con la segunda persona gramatical, marcas de «distinción»:

su excelencia está..., su majestad se encuentra..., su señoría ha dicho...  
ustedes se van..., usted ha pronunciado...

#### 5.1.4. LA REFERENCIA LÉXICA DE PERSONA: UNO MISMO Y EL OTRO

El Locutor puede referirse a sí mismo a través de sintagmas nominales. Hay fórmulas fijas: «un servidor», «ésta que lo es», «el infrascrito», «la abajo firmante». O bien presentaciones colectivas: «este gobierno», «la empresa», «esta dirección general», «este departamento». Es muy interesante comprobar el hecho social de la *identificación*, que está acompañado de marcadores de la relación que se quiere establecer con los interlocutores.

Veamos las diferentes formas de identificación con el supuesto de una persona que se llama Francisca Laína Montero. Se puede presentar como:

tu chica, mamá, tu hermana, yo, nosotros, Paca, Paqui, Paquita, señora Francisca, Sra. Francisca Laína de Elorza, Sra. Elorza, Francisca Laínez, representante sindical de la empresa X, escritora, profesora de EGB, directora general de marketing, Superiora de la comunidad de la orden carmelitana, presidenta del gobierno, directora comercial de la empresa X, etc.

La elección de los diminutivos, o de los apellidos, la combinación de los tratamientos y de los sintagmas en aposición que identifican el estatus de la enunciatadora permiten concluir que la presentación de la persona se realiza en *función de* los interlocutores con quienes se establece una relación. La actividad presentadora es habitual en la vida social, sea en la interacción cara a cara, por teléfono, o por carta. También lo es en todo escrito que queda firmado, en el encabezamiento o en el cierre. En los artículos de la prensa, por ejemplo, o en anuncios publicitarios. La autopresentación, pues, tiene una gran variedad de fórmulas, que normalmente están en posición inicial. La interacción telefónica, que requiere la presentación, es un ejemplo ilustrativo:

Soy el guía de la excursión  
 Aquí la estación meteorológica de X  
 Despacho de los abogados Roca y Jiménez, dígame  
 Mensaje para X, de parte de Y, representante de Z

En las cartas oficiales o comerciales la autorreferencia puede ir impresa en el encabezamiento o en el final de la carta, con firma y cargo de la persona que representa a la empresa o la sección. La identificación personal otorga responsabilidad, mientras que el anonimato es un indicador de elusión de responsabilidad.

En las presentaciones públicas cara a cara, como las conferencias, mesas redondas y debates, es habitualmente otra persona la que presenta. Existe un ritual de saludos y de presentación. Veamos la variación en la referencia personal que se observa en este fragmento de un debate televisivo:

AC es la persona que anima y modera el debate. CG es una periodista invitada. Este fragmento se sitúa en el transcurso del debate, en el momento en que AC presenta y da la palabra a CG.

1. AC doña:—| XXX buenas noches\||
2. CG hola\| muy buenas =noches\|=
3. AC bienve=nida\|
4. CG gracias\<0>
5. AC esta mujer acaba de publicar su segundo volumen de—||
6. de:—||entrevistas\| no/|
7. CG ahí está—\|el libro=\|| =[inaud.]=
8. AC =ahí está el libro=\||
9. CG ahí está el libro\| sí\| es un e::—|
10. es una recopilación de entrevistas que se publicaron en el país\|
11. AC mm mm\|
12. CG y::— nada\| ahí están\| interiores se llama\|
13. AC interiores\| vamos a ver\|usted prefiere un:jefa- |
14. ya sé que usted es jefa\| eh/|
15. CG afortunadamen=te=\||
16. AC =afortunadamente usted es jefa\|pero\|
17. en el caso de que usted no fuera jefa\| que: —||
18. con quién preferiría trabajar como jefe—| a jefa o jefe\|

(Archivo CAD: debate televisivo).

Existe una larga tradición normativa del comportamiento educado en la vida social, que se encuentra en manuales de urbanidad y de cortesía. Se trata de normas que están sujetas al momento que vive cada sociedad y cambian según los modelos sociales dominantes. Por eso es tan curioso e interesante, como imagen de época, consultar este tipo de manuales donde se prescribe el «buen hacer» social. He aquí una muestra de las normas de conducta para la presentación de un manual de la década de los cuarenta:

*Las presentaciones.* Es la fórmula social que se emplea para poner en relación a dos personas, que, siendo amigos nuestros, no lo son entre sí. La que presenta y establece aquel vínculo nuevo se hace responsable de las consecuencias que con ello se originen. No se debe, por tanto, efectuar una presentación sin tener el absoluto convencimiento de que las personas que entablan amistad se han de ser gratas mutuamente: sin que se tenga plena confianza en su rectitud y caballerosidad; y sin que se conozca perfectamente los apellidos de ambos, para evitar la situación embarazosa en que se coloca el que farfulla nombres por desconocimiento de los mismos. La fórmula general de la presentación en sociedad es la sencilla de citar los apellidos de los presentados haciéndolo siempre del más joven al de mayor edad; del caballero a la dama; del inferior al superior. En el primero de los casos diremos: «Señor Tal, tengo mucho gusto en presentarle a mi amigo el señor Cual.» Tratándose de la presentación de una señora lo haremos de la forma siguiente: «Señora de X, va usted a permitirme que le presente al señor Z» (Duke de Camposol, *Código de etiqueta y distinción social*, Madrid, Juan Ortiz).

Si consideramos ahora la manera como se instaura el Receptor, observamos que el papel social de las personas a las que nos dirigimos queda marcado asimismo a través de los nombres propios, las formas de tratamiento (nombres y adjetivos), los nombres de parentesco y los honoríficos (Laborda, 1996). Hay una gran posibilidad de variación, que corresponde claramente a la combinación de la posición que ocupa el Interlocutor en la vida social y de la relación que el Locutor establece con él. La elección de elementos léxicos nominales (sustantivos y adjetivos) de tipo apelativo-relacional permite instaurar una forma de relación. Así, consideramos marcas de relación interpersonal el uso de:

Pérez, Carlos Pérez, Carlitos, Charli, «El pelos» (variantes de nombres propios)  
 Señor, Señora, Seña, Señorito, Señorita (tratamiento)  
 Don, Doña (tratamiento cuasi prefijo)  
 alcaldesa, presidenta, gobernador, decana, director, concejala (por cargos)  
 arquitecto, estudiante, abogada, jueza, catedrático, médica (por profesiones)  
 querido, apreciado, distinguido, estimado (apreciativo)  
 ciudadano, socia, colega, cliente, compañero, novio, jefe (relacional)  
 madre, primo, abuelo, tía, hermano, nuera, suegro (parentesco)  
 cariño, cielo, amor, corazón, nena (apelativos de afecto)  
 chichi, cuca, titi, ... (invenciones apelativas de afecto)  
 monstruo, gordo, capullo, gilipollas (apelativos de afecto irónicos)  
 tronco, colega, tía, tío (apelativos jergales)

Un caso especial son los honoríficos, formas de tratamiento determinadas socialmente y relacionadas con la estructura social e institucional dominante en cada época. Los cargos institucionales, la posición política, el rango en instituciones como la Iglesia, la monarquía, el ejército o la nobleza tienen unos tratamientos fijados por la tradición y que perduran en la medida en que las instituciones se mantienen. Son las prácticas de relación social las que determinan estos tratamientos en cada sociedad, que, por un lado, se distinguen por señalar una estratificación muy jerarquizada, y por otro lado están sujetas a cambios sociales. Estos usos suelen estar sometidos a recomendaciones normativas para el uso público. Por ejemplo, en los

últimos años, el Ministerio para las Administraciones Públicas del Estado español ha publicado un libro en el que, con los criterios de un embajador asesor del Ministerio de Asuntos Exteriores (véase quién es el agente social que regula estos aspectos de protocolo), propone que el trato de

«Excelencia» se reserve para jefes de estado y sus cónyuges.

«Excelentísimo/a» se aplique a miembros del Ejecutivo hasta el nivel de secretarios de estado, delegados de gobierno y gobernadores. Se indica que también tienen derecho a usarlo los alcaldes de grandes ciudades, los rectores de universidad, los presidentes de comunidades autónomas y los titulares de altos tribunales y cámaras legislativas.

«Ilustrísimo/a» se utilice con autoridades como comisarios generales de policía, delegados de hacienda, decanos de facultades, títulos nobiliarios, rangos superiores de las fuerzas armadas y diversos grados de la carrera diplomática.

En el resto de los casos la ciudadanía estaría representada por el tratamiento Sr. D. y Sra. Doña, reservado para todas las personas adultas con capacidad de votar (véase VVAA [1994], *Libro de estilo del lenguaje administrativo*).

He aquí unos ejemplos de honoríficos, generalmente precedidos por un posesivo concordante con la tercera persona singular o segunda persona plural (una vez más, un indicador de distinción):

señoría (miembro de parlamento o de tribunal)	su señoría
excelencia (Jefe de Estado)	su excelencia
santidad (Papa)	su santidad
majestad (Monarca)	su majestad
alteza (Príncipe)	su alteza

Estos usos están sujetos a cambios en relación con cada comunidad sociopolítica y cada época histórica. Los momentos de crisis social manifiestan vacilaciones en la elección entre los términos tradicionales y los términos que se adaptan a las nuevas situaciones sociales, normalmente de claro signo democratizador e igualitario. Por esta razón se da, por ejemplo, en la nueva situación social de los jóvenes y de las mujeres, y en la relación de mutuo respeto entre sujetos en relación jerárquica (jefe/empleado, médico/paciente, profesor/alumno, etc.) que tradicionalmente comportaba un uso asimétrico (de confianza del superior al inferior, de respeto del inferior al superior) y que progresivamente va alcanzando, de acuerdo con el proceso de concienciación social, un uso simétrico (mutua confianza o mutuo respeto).

Ejemplos de asimetrías tradicionales:

Jefe a empleado: uso de «tú». Empleado a jefe: uso de «usted»	
Camarero a cliente:	*¿qué va a querer el señorito? ¿Qué va a querer la señorita?
Título profesional	Ismael Juárez: catedrático. Julia Gutiérrez: catedrático

Es interesante constatar que la referencia de persona (deíctica o nominal) constituye un ámbito del sistema lingüístico sensible a los cambios so-

ciales y culturales, ya que en la vida social la desigualdad entre personas por razón de edad, sexo, origen étnico o clase social se plasma en el uso lingüístico. Los cambios acordes con un proceso de democratización se van constatando a lo largo del tiempo, no sin que haya momentos críticos de rechazo o de vacilación por parte de sectores sociales. Uno de los ejemplos recientes más claros ha sido la progresiva adaptación de formas de género para las referencias a cargos de mujeres: concejala, jueza, catedrática, abogada, arquitecta, médica. Pero la distribución de papeles tradicional entre hombre y mujer se mantiene, por ejemplo, en el uso predominante del «tú», más asociado a la mujer (joven o adulta) en un entorno privado y doméstico, de confianza y de proximidad (revistas femeninas, anuncios publicitarios), mientras que para el hombre (adulto) se reserva el trato de «usted», asociado a cargos y posiciones en la vida pública y en el mundo del trabajo (revistas generales, anuncios publicitarios).

Como acabamos de ver, deícticos y nombres (sustantivos y adjetivos) forman el conjunto de *antropónimos*, *apelativos* y *vocativos* que propiamente designan a los interlocutores de la relación comunicativa en el acto de presentarse o de dirigirse unos a otros en el proceso enunciativo.

#### 5.1.5. LOS PAPELES DE EMISOR Y RECEPTOR

Para considerar los rasgos que definen a los protagonistas de la relación comunicativa partimos de unos supuestos ya mencionados con anterioridad:

a) Se les ha denominado de muchas maneras: Enunciador/Enunciatario, Emisor/Receptor, Locutor/Interlocutor o Alocutario, Hablante/Oyente, Destinador/Destinario, etc. En cada caso hay un matiz específico que se pone de relieve. Pero en un sentido inespecífico son todos términos que aluden a entidades virtuales que protagonizan modélicamente la interacción comunicativa. Si bien nos parece adecuado en un primer estadio utilizarlos como sinónimos, en este apartado consideraremos con más especificidad los diversos papeles comunicativos del Emisor y el Receptor.

b) La caracterización real y concreta de los participantes de una interacción deberá tener en cuenta la *identidad*, el *estatus social* y el *papel* que tienen en cada situación.

— Identidad: atributos como origen geográfico y étnico, sexo, edad, instrucción, clase socioeconómica, etc.

— Estatus social: actividad laboral, profesión, cargo, posición en el entorno social. Grado de autoridad y legitimidad que socialmente se le otorga. Nivel jerárquico.

— Papel: posición que adopta cada participante en una situación comunicativa particular.

c) La cantidad de participantes influye en el desarrollo de la interacción comunicativa.



El número de participantes en un acto comunicativo es esencial para el funcionamiento de éste. El emisor de un mensaje ha de ser materialmente un sujeto individual. Pero Goffman (1981) indica que se puede distinguir entre el hablante «autor» de sus propias palabras, o el «animador», que recita palabras ajenas —aquí cabría la noción de «fuente»—, o el «representante/portavoz», que habla en representación de otra persona, de un grupo o de un colectivo (véanse los apartados 5.1.2 y 5.2 para una apreciación más sutil del sujeto discursivo).

En el caso del Receptor hay que tener en cuenta la cantidad de participantes: Kerbrat-Orecchioni define las interacciones como *dialogue*, *trilogue* y *polilogue*, según el Locutor tenga uno, dos o más interlocutores. Como se trata de géneros orales interactivos, los papeles de Emisor y Receptor se van alternando sistemáticamente. Este tipo de comunicación tiene un número potencialmente limitado de participantes para que se pueda garantizar este uso alternado de la palabra. Cuando el número de participantes crece, la situación comunicativa cambia y usualmente se necesita una persona que modere.

En los casos en que la comunicación es de un solo Locutor a un conjunto amplio de personas presentes en un espacio común podemos hablar de *público* o *auditorio*; y se puede hablar de *audiencia* cuando este público recibe la comunicación de manera mediática, por televisión o radio. Hay auditorio o público en clases, conferencias, mesas redondas, mítines, sermones, alocuciones. Hay audiencia en las emisiones de radio y de televisión. En todos los casos la intervención por parte de los receptores está organizada, canalizada y controlada por la entidad emisora y generalmente se le otorga un espacio limitado.

Se han propuesto distinciones entre diversos tipos de Oyente o Receptor (Goffman, 1981):

- el *destinatario (D)*: aquel para quien está específicamente construido el texto (conocido, ratificado y apelado);
- el *destinatario indirecto (DI)*: aquel que participa igual que el destinatario en la recepción del texto pero que no coincide con el perfil imaginado o activado por el locutor y hacia quien el mensaje no está destinado (conocido, ratificado);
- el *oyente casual*: el que participa sin intención ni obligación previa de participar (conocido);
- el *oyente curioso o entrometido*: el que se sitúa en una posición de oyente «espía» (ni conocido, ni ratificado, ni apelado).

En su estudio sobre el *trilogue* como instancia mínima de interacción con un número de participantes superior a dos, Kerbrat-Orecchione (1995) tiene en cuenta que el Oyente puede adoptar papeles diversos, con lo que establece los principales esquemas alocutivos posibles:

1. L1    L2 = D (L3: destinatario indirecto).
2. L1    L3 = D (L2: destinatario indirecto).
3. L1    L2 y L3 = D (destinatario colectivo).

El destinatario es el que ocupa un lugar más definido en relación con la construcción del texto, ya que se le considera como interlocutor *preferido*, a quien se dirige el enunciado. Cuando se trata de un colectivo numeroso la posibilidad de conocer individualmente a los destinatarios es prácticamente imposible pero el Locutor construye una imagen de su público y un destinatario modelo. Algunos autores dan un valor determinante al perfil de la audiencia o del público a quien va destinado un texto en lo que respecta a la elección de registro (véase el apartado 11.1.2), de tal manera que, a su vez, cada texto selecciona a su posible destinatario:

El diseño de la audiencia da forma a todos los niveles de elección lingüística por parte del hablante —el uso alternado de una y otra lengua en las situaciones bilingües, la forma de los actos de habla, la elección de pronombres, el uso de honoríficos y el cambio cuantitativo de estilo.

La audiencia es, en un determinado nivel, simplemente la gente que oye los enunciados del hablante. Sin embargo, su rol no es en absoluto pasivo. Como en un teatro, la audiencia responde y critica, es el foro ante el cual se producen los enunciados. Tomando un significado más antiguo, los hablantes «tienen audiencia con» sus oyentes. En realidad los hablantes están sujetos a su audiencia, dependiendo de su buena voluntad, atentos a responder a su reacción. Esta capacidad de respuesta es lo que precisamente da forma al diseño del estilo de un hablante. [...] El marco propuesto —el diseño de la audiencia— [...] supone que las personas responden principalmente a otras personas, que los hablantes tienen muy en cuenta a los oyentes al construir su modo de hablar (Bell, 1984: 161).

## 5.2. La polifonía: voces y discurso referido

En muchas teorías lingüísticas se da por descontado que es un único hablante quien emite enunciados, sin plantear ningún problema sobre ello. Debemos a Voloshinov-Bajtín y su círculo (1929, 1934-1935, 1959-1961) una concepción radicalmente nueva que subraya el carácter *heteroglosico* del lenguaje sobre la base de su fundamentación *dialógica*. Como hemos visto más arriba, para Voloshinov-Bajtín la palabra tiene una cara que viene determinada por la persona que la emite y otra cara que viene determinada por la persona a quien va dirigida. Y eso imprime un carácter dialógico a cualquier enunciado. Los enunciados no son de las lenguas sino de la comunidad histórica que las ha hablado y las continúa hablando. En efecto, todo objeto del que se habla siempre ha sido dicho anteriormente:

La orientación dialógica es, por supuesto, un fenómeno característico de todo discurso. Es el ámbito natural de todo discurso vivo. El discurso encuentra el discurso del otro en todos los caminos, en todas las orientaciones que llevan a su objeto, y no puede dejar de entrar en interacción viva e intensa con él. Sólo el Adán mítico, abordando con el primer discurso un mundo virgen y todavía no dicho, el solitario Adán, podía realmente evitar completamente esta reorientación mutua en relación al discurso del otro, que se produce en el camino del objeto (Bajtín, 1934-1935: 279).

La *translingüística* de Bajtín es una concepción del uso de la lengua como diálogo vivo y no como código. Con esta concepción se rompe con la idea de un único sujeto hablante que coincide con quien materialmente emite el mensaje y en cambio se acepta que se hacen presentes en un mismo discurso *voces* de otros, de tal modo que los enunciados dependen los unos de los otros. Para estudiar la representación del discurso en el interior del discurso, Bajtín tiene en cuenta el discurso referido, el diálogo interior, la parodia, la ironía, el debate y la controversia, así como las diversas variaciones entre un discurso más o menos distante de la voz propia, más o menos explícito, o más o menos evaluado.

Una de las cualidades más notables del enunciado lingüístico es lo que Bajtín llama *heteroglosia*: la multiplicidad de lenguajes y puntos de vista presentes en cada enunciado. Una lengua es un objeto viviente, concreto, socioideológico, dice Bajtín, y por lo tanto, para la conciencia individual está en la frontera entre uno mismo y el otro. La palabra en el lenguaje es parcialmente ajena. Se convierte en propia cuando el hablante la empapa con su propia intención, su propio acento: cuando se la apropia para adaptarla a lo que quiere expresar. Antes del momento de la apropiación, la palabra no existe en un lenguaje neutro e impersonal. El hablante, dice Bajtín, no va a buscar las palabras al diccionario antes de hablar: el hablante va a buscar las palabras a la boca de los demás, donde existían en otros contextos, en otras intenciones (Reyes, 1990: 132).

Ducrot (1984) recoge la herencia de Bajtín: se plantea la multiplicidad del sujeto y lo vuelve problemático. Para Ducrot hay un *sujeto hablante* (ser empírico) que es el productor efectivo del mensaje. Pero este realizador del mensaje puede coincidir o no con el *locutor* (ser de discurso). Cada vez que alguien se pone a hablar construye un sujeto discursivo. Así ocurre con el «yo» del *Lazarillo* en la famosa novela renacentista —construido por un autor anónimo culto, bien lejos de ser un pícaro—; con el que habla como portavoz de una asociación de amantes del vino, con el empleado que escribe una carta en representación de su empresa o con el diputado en el parlamento (está claro que no hablará ni como amigo ni como padre, sino como representante de un sector de ciudadanos). De esta manera se comprende la diversidad de sujetos que se pueden activar en y durante el discurso. Y sobre todo la idea de que hay desdoblamiento: Ducrot empieza señalando que puede haber un primer desdoblamiento en el mismo locutor (entre L y l), lo cual permite entender, por ejemplo, la autocrítica, el diálogo interior, la escritura del diario personal.

Para explicar este desdoblamiento Ducrot postula una tercera figura: la del *enunciador*: el locutor puede evocar y atraer a su propio discurso una diversidad de voces (la propia —de otro tiempo o de otro espacio—, la ajena del interlocutor presente, la ajena ausente, voces proverbiales, voces anónimas). La identificación del enunciador evocado puede ser problemática. Pondremos un ejemplo concreto: unos profesores de filosofía comprobaron que sus estudiantes habían entendido que este texto de la primera página de un libro de filosofía expresaba el pensamiento de sus autores, Marx y Engels:

Hasta ahora, los hombres se han formado siempre ideas falsas acerca de sí mismos, acerca de lo que son o debieran ser. Han ajustado sus relaciones a sus ideas acerca de Dios, del hombre normal, etc. Los frutos de su cabeza han acabado por imponerse a su cabeza. Ellos, los creadores, se han rendido ante sus criaturas. Liberémoslos de los fantasmas cerebrales, de las ideas, de los dogmas, de los seres imaginarios bajo cuyo yugo degeneran. Rebelémonos contra esta tiranía de los pensamientos. Enseñémoslos a sustituir estas quimeras por pensamientos que correspondan a la esencia del hombre, dice uno, a adoptar ante ellos una actitud crítica, dice otro, a quitárselos de la cabeza, dice el tercero, y la realidad existente se derrumbará.

Estas inocentes y pueriles fantasías forman el meollo de la filosofía neohegeliana en boga [...] (C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, en F. Caballero y M. Larrauri, «El análisis de textos filosóficos». *Textos* 8, 1996).

En efecto, sin interpretar adecuadamente las marcas de voces ajenas presentes al final del primer párrafo («dice uno», «dice otro», «dice el tercero»), tampoco se percataron de que la voz de los autores aparece por primera vez en el inicio del párrafo siguiente, cuando califican lo anterior como «estas inocentes y pueriles fantasías». Estos jóvenes presumían que el texto sólo ponía en escena una voz: la de los autores, sin darse cuenta de que su lectura era errónea.

Las voces aportan puntos de vista y perspectivas con las que el locutor puede coincidir, estar muy próximo o bien distanciarse. Por esta razón la *polifonía* es una noción que cuestiona la unicidad del Emisor y permite la diversidad de voces en los textos. Reyes desarrolla estas nociones polifónicas aplicadas a todo tipo de emisiones verbales, tanto las de tipo literario (Reyes, 1984) como las coloquiales o periodísticas (Reyes, 1993, 1994), analizando las citas directas, indirectas y encubiertas dentro de un marco que aúna el análisis pragmático y el análisis gramatical.

### 5.2.1. LAS CITAS ABIERTAS

Authier (1982) se refiere a la «heterogeneidad mostrada» para explicar la inserción explícita del discurso de otros en el propio discurso. La cita es el procedimiento discursivo que incorpora un enunciado en el interior de otro con marcas que indican claramente la porción de texto que pertenece a una voz ajena. En el discurso oral la prosodia actúa como señalización principal, junto con marcas verbales. En la escritura, en cambio, se ponen en juego signos gráficos y verbales que permiten identificar la cita. Toda cita tiene un **discurso de base (D1)** que incluye un **discurso citado (D2)**, cuyos responsables son respectivamente dos locutores distintos (**L1** y **L2**).

Según los rasgos lingüísticos que las identifican, las citas pueden ser de estilo directo y de estilo indirecto. La cita de *estilo directo* se distingue porque supone una ruptura o una discontinuidad entre el D1 y el D2. Cambia la entonación, cambia la construcción sintáctica y el centro déctico (el de L1 y el de L2). Cuando se da por escrito aparecen signos gráficos que indican el inicio de la cita y su extensión (dos puntos y comillas). El estilo di-

recto, por tanto, mantiene dos situaciones de enunciación. Es muy habitual en las conversaciones cotidianas:

Entonces el vecino le dijo: «oye, a estas horas todo está cerrado; pero, ¿sabes qué?, podemos acercarnos a un quiosco que no cierra en toda la noche».

La cita en *estilo indirecto* es otra forma de introducir el discurso de otro y en este caso se inscribe verbalmente como un solo locutor (L1) que incorpora un solo centro deíctico, un relacionante introductor, y el D2 que se representa con marcas deícticas correspondientes al mismo locutor que el D1. Este discurso sólo mantiene una enunciación:

Entonces el vecino le dijo *que a esas horas todo estaba cerrado pero que se podían acercar a un quiosco que no cerraba en toda la noche.*

Aunque se puede pensar que la cita directa es más verídica que la indirecta, no es necesariamente así y ambas admiten tanto la fidelidad como la distorsión del discurso del otro:

El estilo directo suele oponerse al estilo indirecto, un poco ingenuamente, diciendo que pretende reproducir literalmente los enunciados citados; sería más exacto ver en ello una especie de teatralización de un enunciado anterior, y no una similitud absoluta. Dicho de otra manera, no es ni más ni menos fiel que el discurso indirecto: son dos estrategias diferentes para referir una enunciación (Maingueneau, 1987: 60).

Así como las palabras son de todos, y dichas ya por otros se vuelven a enunciar y decir con otra intención por cada hablante, en la cita de las voces de otros la subjetividad también aparece. En primer lugar, porque en un discurso propio aparece el discurso ajeno, probablemente interpretado y traído hacia el discurso de base con un propósito concreto: buscando vivacidad, dramatismo, veracidad o autenticidad; autoridad u orientación argumentativa. En segundo lugar, se presenta a partir de un verbo anunciador de la cita (*verba dicendi*) que indica precisamente el acto de habla que se le asigna: *espetar, criticar, gritar, amenazar, preguntar, afirmar, replicar, insistir...* Por eso es interesante observar que, aunque las palabras sean las mismas, la intención que se les adjudica puede variar. Y a la inversa: a veces las citas no tienen nada de literal y en cambio representan con fidelidad la intención comunicativa del que habla.

La cita es una práctica frecuente en una gran variedad de textos. En los relatos orales de la vida cotidiana es muy habitual la expresión subjetiva y dramática, trayendo las voces de las personas de las que se habla y representando la escena, dotando así a la historia de mayor efectividad y mayor carga emotiva. Veamos subrayados los segmentos de discurso directo en este intercambio (fragmento de un ejemplo anterior, en el apartado 2.2):

*Dos amigas, V y M, están en casa de M y cuentan al hijo de M cómo una conocida suya les había hecho una pregunta —sobre el precio de un gimnasio— que no querían contestar delante de sus maridos. Reproducen la escena para reírse de la reacción que produjo en ellos.*

32. V — =y luego= no sé cómo fue que digo que íbamos | **que íbamos los cinco días al**  
 33. **gimnasio** [risas]  
 34. M — la tonta aquella || dice ¡ay! || porque empezó a decir pues **¿cuántos días vas a ir al gimnasio?**  
 35. y ésta y yo nos mirábamos  
 36. V — ==claro | yo no quería descubrir el pastel pero =ella nada más que atornillar  
 37. y atornillar=  
 38. M — =y ésta y yo nos mirábamos= y la otra ¡ay! y **¿cuántos días vais al gimnasio?**  
 39. V — ==y **qué vale y qué hacéis**  
 40. M — == y **qué vale y qué es lo que hacéis** | y ésta ya al final | va y dice:: || **pues qué**  
 41. **vamos a hacer pues de to:: (???)** | y **¿cuánto os cuesta?** y dice ésta tres mil novecientos  
 42. y dice | **POZUELO** | [risas] **Pozuelo** su marido otra vez | **Pozuelo ¿tú =te has enterao que::** |=  
 43. V — =¿te has enterao?=  
 44. M — **que van cinco días** | y **que pagan tres mil novecientos?**  
 45. V — == **¿pues no eran mil pesetas?** [risas] <...>  
 46. M — así que los tenemos con un mosqueo ||

M: Madre

V: Vecina («ésta»)

H: Hijo (audiencia)

Participantes en la escena evocada: M y su marido (Pozuelo); V y su marido (X); y A

Voces citadas, por orden de aparición:

A: Conocida («la tonta aquella», «ella», «la otra»), en 34, 38, 39, 40, 41

V: Vecina («ésta»), en 40

X: marido de V («su marido»), en 42, 43, 44

P: marido de M y padre de H, en 45

En este ejemplo, las citas directas están introducidas unas veces por referencias a los agentes y por verbos de habla, y otras se introducen sin ningún preámbulo. Fijémonos que la primera cita es una autorreferencia de V, que inicia el episodio con «digo que íbamos», en 32. Aparecen los tiempos de la narración como marco, pero las voces se presentan a través del verbo «decir» en presente, con lo cual se produce un efecto de actualización dramática.

Cuando la finalidad de la cita es la fiabilidad y la autoridad, como en el caso de la prensa escrita o de los artículos científicos, se utilizan marcas gráficas para indicar el fragmento citado. En la prensa diaria la cita de las fuentes es norma para los periodistas. Queda señalada con comillas, con cursiva o con negritas. Predomina una forma especial de cita indirecta, que podríamos llamar «integrada», porque bajo la forma básica del estilo indirecto se señalan con signos tipográficos segmentos breves o extensos que el periodista indica que son exclusivos del discurso ajeno, del cual él mismo no se hace responsable. Cuando la incorporación de otras voces debe mantener un alto grado de objetividad hay que tener en cuenta que la cita supone extraer las palabras de otro de su contexto original y que, por tanto, hay que velar especialmente no sólo por preservar la palabra original sino por mantener la intencionalidad del autor del discurso citado.

### 5.2.2. LAS CITAS ENCUBIERTAS

Authier (1982) se refiere también a la «heterogeneidad constitutiva», es decir, al discurso de los otros que está en los discursos propios (*heteroglosia, intertextualidad, polifonía*) sin que encontremos señales explícitas que lo mani-

fiesten. Se trata de una forma solapada de introducir en el propio enunciado la voz de otros: por eso se puede decir que en los textos encontramos *ecos* que se manifiestan en el llamado *estilo indirecto encubierto*. En este caso se reproduce una voz ajena sin dar ninguna señal ni sintáctica, ni deíctica, ni gráfica. Parece como si lo dicho fuera asumido por el propio Locutor. Se puede confundir con el estilo recto, sin citas. Es una repetición de lo que dicen otros, con apropiación. Se adopta pues un sistema conceptual ajeno. Si se adjudica la responsabilidad de la aserción a la voz correspondiente se añade una expresión citativa como: «para X», «según dice», «en palabras de», «así lo ha confirmado»... (Caso de la prensa y de los textos teóricos de la ciencia que han de basar lo que dicen en una fuente fidedigna o en una autoridad.) Si no se adjudica a ninguna fuente se da lo que se llama una fusión de voces, de tal manera que el locutor «reformula los lugares comunes, las visiones, las creencias de la colectividad, fusionando su voz con la de todos y con las voces cristalizadas del lenguaje mismo: fusión sin fisura, sin ironía» (Reyes, 1994: 24).

En el siguiente texto se indican segmentos —los subrayados son nuestros— en que hay ecos de *a)* las encuestas sociológicas, *b)* la fraseología psicoanalítica, *c)* la novela *Robinson Crusoe*. Siguiendo a Ducrot, se podría decir que el sujeto discursivo construido en este texto activa diversos enunciadores: e1, e2, e3; son utilizados por el autor como recurso expresivo para hacer más viva su crítica:

Hoy por hoy las izquierdas son referentes desorientadores endogámicos, mantenidos por el interés de sus *aparatos*, desquiciados ante la posibilidad de su no función en la sociedad y en la historia. En dura competencia contra el programa de Lobatón *Quién sabe dónde*, los clubes de fútbol más populares y los cantantes de rock más críticos, los negocios de izquierda operantes en España ni saben ni contestan a las necesidades de transformación social objetivas, detectables a partir de cualquier inventario de injusticias comprobables. Si bien no llegan a ajustar su comportamiento a los dictados de los sondeos de opinión en la medida en que lo hace la derecha, estas izquierdas no metabolizan lo nuevo y deberían dejar paso a una catarsis de abajo arriba que permitiera sublimar nuevas formaciones y nuevos dirigentes no contaminados por el síndrome de Robinsón: hacerse cabañas con restos de naufragios (Manuel Vázquez Montalbán, «Izquierdas», *El País*, 10-X-1997).

En este texto el locutor coincide con las otras voces, y lo que provoca al lector es esta asociación inesperada de una voz que pertenece a otro contexto con la del autor.

Los siguientes titulares de periódicos recuperan un enunciado que está en la mente de todos (refrán, título de película o de novela, frases de la Biblia o de la mitología, canciones...) para fusionarlo con el del enunciador, que contribuye con la sustitución del elemento en el que centra su atención:

Más vale prevenir que restaurar (*El Periódico*).

Un sector pequeño, pero matón (*La Vanguardia*).

Dejad que los socios se acerquen a mí (*El Periódico*).

La píldora de la discordia (*El Periódico*).

A la sombra de los toreros en flor (*El Periódico*).

El turista que surgió del frío (*El Periódico*).

En otros casos, no hay coincidencia entre la voz del locutor y las voces convocadas. El caso más espectacular de una voz activada con la que el locutor no coincide es la ironía:

Hablar de una manera irónica equivale para un locutor L, a presentar la enunciación como si expresara la posición de un enunciador E, posición que por otra parte se sabe que el Locutor L no toma bajo su responsabilidad y que, más aún, considera absurda. Sin dejar de aparecer como el responsable de la enunciación, L no es homologado con E, origen del punto de vista expresado en la enunciación (Ducrot, 1984 [1986: 215]).

Véanse los siguientes enunciados a modo de ejemplo:

España va bien	(ante problemas sociales sin resolver)
Buena la hemos hecho	(ante una acción desafortunada)
Menudo constipado has cogido	(ante un constipado aparatoso)
Pues sí que vas bien vestido hoy	(ante un joven desaliñado)

El locutor activa un enunciador virtual del que el locutor no se hace responsable. La ironía se puede considerar una cita porque el hablante repite o se hace eco de una proposición ajena que contrasta con la realidad o con lo que se espera del locutor. El enunciado resulta inadecuado, chocante. El contraste con la realidad suele provocar risa. El enunciado irónico puede adjudicarse a diversos tipos de enunciadores: uno mismo en otro momento, un interlocutor presente, cualquier otra persona concreta, lo que podría decir un determinado sector social o todo el mundo... El desajuste entre el contenido del enunciado y la situación en que se pronuncia obliga a entender otra cosa distinta de lo dicho literalmente y para ello se necesita complicidad entre quien emite los enunciados irónicos y quien los recibe e interpreta.

La expresión irónica es una expresión deliberadamente mal usada: se aplica mal a la situación. En realidad parece aplicarse a otra situación ideal, que queda contrastada así con la situación real. La ironía consiste en evaluar una situación repitiendo una frase que sirve para otra situación, evaluando así dos cosas a la vez: la situación misma y el lenguaje con el que hablamos de la realidad. Por eso puede considerarse que la ironía es una reflexión más o menos compleja sobre la realidad, sobre la relación entre el lenguaje y la realidad y sobre la relación entre una frase y los usos previos de esa frase. En la ironía es mucho más lo no dicho que lo dicho; su interpretación exige una serie de conocimientos sobre el mundo, sobre el hablante, sobre la relación entre hablante y oyente. [...] Donde hay ironía hay desdoblamiento del locutor. En ese desdoblamiento el listo habla con las palabras del tonto, pero distanciándose de ellas y mostrando su actitud ante esas palabras y ante la situación a la que tan mal se aplican. Mientras el que dice algo en serio lo asume, se hace responsable de su afirmación, el que dice algo irónicamente se desdobra: achaca esa afirmación (y, con ella, ese punto de vista) a un ser ficticio, a un *alter ego* ridículo. Por lo general ese *alter ego* se parece mucho a personas reales, que quedan, así, ridiculizadas (Reyes, 1994: 54, 56).



Presentamos a continuación un fragmento de un texto que trata del discutido tema de la posible clonación de los seres humanos y del temor a su utilización perversa:

Acabemos, pues, con tantos escrúpulos. La ciencia avanza y la biotecnología le ofrece al hombre «cada vez más posibilidades». Y si para eso hay que tener al hermanito en el frigorífico, qué más da. La civilización y el progreso requieren algunas víctimas. Además, ¿quieren ser acusados de oponerse al progreso?, ¿quieren arriesgarse a ser tachados de torvo oscurantismo genético? ¡De ninguna manera! Por eso, declaramos que somos fanáticos partidarios del clon, de la libre manipulación genética, del libre cambio de órganos y del recambio múltiple para la vida eterna... Amén (Dario Fo, «La fábula del hombre clonado», en *El Mundo*, 3-IX-1998).

El sentido irónico aparece a partir de una combinación compleja de elementos. Algunos son implícitos (el conocimiento de la posición de Dario Fo, su estilo radical y crítico, el debate social previo sobre la clonación); otros son explícitos (el tratamiento humorístico del lenguaje: «el hermanito en el frigorífico», «recambio múltiple para la vida eterna... Amén», las preguntas retóricas y la exclamación enfática propias de un sermón). Además, el apoyo eufórico de algo controvertido es ya suficiente para indicar la posibilidad de doble sentido, y por tanto, de identificar un enunciado irónico.

La tradición lingüística concibe el Emisor como un sujeto hablante unitario, responsable de su propia palabra. La pragmática lo concibe como un sujeto racional, capaz de producir y de interpretar intenciones comunicativas. La propia reflexión pragmática sobre cómo usan los hablantes la lengua ha postulado que el hablante no es unitario sino que se desdobra y puede convocar diversas voces. Con ello se muestra la polifonía, cuya versión desarrollada y plasmada en unidades comunicativas verbales es una dimensión de la intertextualidad.

Para concluir este capítulo, obsérvese, en el siguiente texto literario, la hiperbólica presentación honorífica de la protagonista y la de su interlocutor:

---

Yo soy María Carlota de Bélgica, Emperatriz de México y América. Yo soy María Carlota Amelia, prima de la Reina de Inglaterra, Gran Maestre de la Cruz de San Carlos y Virreina de las provincias del Lombardovéneto acogidas por la piedad y la clemencia austríacas bajo las alas del águila bicéfala de la casa de Habsburgo. Yo soy María Carlota Amelia Victoria, hija de Leopoldo, Príncipe de Sajonia-Coburgo y Rey de Bélgica, a quien llamaban el Néstor de los gobernantes y que me sentaba en sus piernas, acariciaba mis cabellos castaños y me decía que yo era la pequeña sílfide del palacio de Laeken. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina, hija de María Luisa de Orléans, la reina santa de los ojos azules y la nariz borbona que murió de consunción y de tristeza por el exilio y la muerte de Luis Felipe, mi abuelo, que cuando todavía era rey de Francia me llenaba el regazo de castañas y la cara de besos en los Jardines de las Tullerías. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, sobrina del Príncipe Joinville y prima del Conde de París, hermana

del Duque de Brabante que fue Rey de Bélgica y conquistador del Congo y hermana del Conde de Flandes, en cuyos brazos *aprendí* a bailar, cuando tenía diez años, a la sombra de los espinos en flor. Yo soy Carlota Amelia, mujer de Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y de Bohemia, Conde de Habsburgo, Príncipe de Lorena, Emperador de México y Rey del Mundo, que nació en el Palacio Imperial de Schönbrunn y fue el primer descendiente de los Reyes Católicos Fernando e Isabel que cruzó el mar océano y pisó las tierras de América, y que mandó construir para *mi* a la orilla del Adriático un palacio blanco que miraba al mar y otro día *me* llevó a México a vivir a un castillo gris que miraba al valle y a los volcanes cubiertos de nieve, y que una mañana de junio de hace muchos años murió fusilado en la ciudad de Querétaro. Yo soy Carlota Amelia, Regente de Anáhuac, Reina de Nicaragua, Baronesa del Mato Grosso, Princesa de Chichén Itzá. Yo soy Carlota Amelia de Bélgica, Emperatriz de México y de América: *tengo* ochenta y seis años de edad y sesenta de beber, loca de sed, en las fuentes de Roma.

Hoy ha venido el mensajero a traerme noticias del Imperio. Vino, cargado de recuerdos y de sueños, en una carabela cuyas velas hinchó una sola bocanada de viento luminoso preñado de papagayos. *Me* trajo un puñado de arena de la Isla de Sacrificios, unos guantes de piel de venado y un enorme barril de maderas preciosas rebosantes de chocolate ardiente y espumoso, donde *me voy* a bañar todos los días de *mi* vida hasta que *mi* piel de princesa borbona, hasta que *mi* piel de loca octogenaria, hasta que *mi* piel blanca de encaje de Alenzón y de Bruselas, *mi* piel nevada como las magnolias de los Jardines de Miramar, hasta que *mi* piel, **Maximiliano**, *mi* piel quebrada por los siglos y las tempestades y los desmoronamientos de las dinastías, *mi* piel blanca de ángel de Memling y de novia del Béguinage se caiga a pedazos y una nueva piel oscura y perfumada, oscura como el cacao de Soconusco y perfumada como la vainilla de Papantla me cubra entera, **Maximiliano**, desde mi frente oscura hasta la punta de mis pies descalzos y perfumados de india mexicana, de virgen morena, de Emperatriz de América.

El mensajero *me* trajo también, **querido Max**, un relicario con algunas hebras de la barba rubia que llovía sobre **tu** pecho condecorado con el Águila Azteca y que aleteaba como una inmensa mariposa de alas doradas, cuando a caballo y al galope y con **tu** traje de charro y **tu** sombrero incrustado con arabescos de plata esterlina **recorrías** los llanos de Apam entre nubes de gloria y de polvo. *Me* han dicho que esos bárbaros, **Maximiliano**, cuando **tu** cuerpo estaba caliente todavía, cuando apenas acababan de hacer **tu** máscara mortuoria con yeso de París, esos bárbaros **te** arrancaron la barba y el pelo para vender los mechones por unas cuantas piasstras. Quién iba a imaginar, **Maximiliano**, que **te** iba a suceder lo mismo que a **tu** padre, si es que de verdad lo fue el infeliz del Duque de Reichstad, a quien nada ni nadie pudo salvar de la muerte temprana, ni los baños muriáticos ni la leche de burra ni el amor de **tu** madre la Archiduquesa Sofía, y que apenas unos minutos después de haber muerto en el Palacio de Schönbrunn donde **acababas** de nacer, le habían trasquilado todos sus bucles rubios para guardarlos en relicarios: pero de lo que sí se salvó él, y **tú** no, **Maximiliano**, fue de que le cortaran en pedazos el corazón para vender las piltrafas por unos cuantos reales. *Me* lo dijo el mensajero. Al mensajero se lo contó Tüdös, el fiel cocinero húngaro que **te** acompañó hasta el patíbulo y sofocó el fuego que prendió en **tu** chaleco el tiro de gracia, y *me* entregó, el mensajero, y de parte del Príncipe y la Princesa Salm Salm un estuche de cedro donde había una caja de zinc donde había una caja de palo de rosa donde había, **Maximiliano**, un pedazo de **tu** corazón y la bala que acabó con **tu** vida y con **tu** imperio en el Cerro de las Campanas. Tengo aquí esta caja agarrada con las dos manos todo el día para que nadie, nunca, *me* la arrebate (Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, Madrid, Mondadori).